\*Prólogo

Prueba *texto* prólogo[[1]](#footnote-1)

\*Estudio

Prueba de cita dentro de texto intro

\*Sinopsis de la versificación

|  |  |  |
| --- | --- | --- |
| ***Versos*** | ***Estrofa*** | ***Total*** |
| ***Acto primero*** |  |  |
| 1–8 | redondillas | 8 |
| 9–142 | romance en – eo | 134 |
| 143–226 | endecasílabos sueltos | 84 |
| 227–286 | redondillas | 60 |
| 287–300 | soneto | 14 |
| 301-380 | redondillas | 80 |
| 381-436 | endecasílabos sueltos | 56 |
| 437-636 | redondillas | 200 |
| 637-697 | tercetos encadenados | 61 |
| 698-767 | quintillas | 70 |
| 768-911 | redondillas | 144 |
| 912-1046 | octavas reales | 135 |
| ***Total*** |  | **1046** |
| ***Acto Segundo*** |  |  |
| 1047–1156 | quintillas | 110 |
| 1157–1332 | romance en – ae | 176 |
| 1333–1392 | quintillas | 60 |
| 1393-1396 | canción | 4 |
| 1397-1671 | quintillas | 275 |
| 1672-1683 | canción | 12 |
| 1684-1688 | quintilla | 5 |
| 1689-1706 | canción | 18 |
| 1707-1741 | quintillas | 35 |
| 1742-1873 | redondillas | 132 |
| 1874-2078 | quintillas | 205 |
| ***Total*** |  | **1032** |
| ***Acto Tercero*** |  |  |
| 2079–2454 | redondillas | 376 |
| 2455–2542 | endecasílabos sueltos | 88 |
| 2543–2950 | redondillas | 408 |
| 2951-3052 | romance en -*ao* | 102 |
| ***Total*** |  | **884** |
| ***Resumen*** | ***total*** | ***%*** |
| Redondillas | 1408 | 46,1 |
| Quintillas | 760 | 24,9 |
| Romances | 412 | 13,5 |
| endecasílabos sueltos | 228 | 7,5 |
| Octavas | 135 | 4,4 |
| Tercetos | 61 | 2,0 |
| Canciones | 34 | 1,1 |
| Soneto | 14 | 0,5 |
| ***Total*** | 3052 | 100 |

El Laberinto de Creta, @Tragicomedia de Lope de Vega Carpio

Dedicada a la señora Tisbe, Fénix en Sevilla

El breve poema de Tisbe y @Píramo, aunque dilatado en la majestad de los versos y el estilo que ha días llegó a mis manos, de quien es Vuestra Merced la mitad del argumento y el todo de la idea de su autor, me puso codicia entonces de conocer sujeto que pudo hacer probable lo que Ovidio escribió con encarecimiento de @poeta, y por quien dijo el antiguo @Montemayor:

Dos amantes, que dotar

de tal gracia y hermosura

naturaleza procura,

que no les dejó lugar

do cupiese la ventura.

Después, el favor y honra manos, que hace Vuestra Merced a mis escritos, de que no me ha faltado embajador y @Mercurio, ha convertido lo que fue curiosidad en obligación de reverenciar de esta deidad oculta, y celebrar su divino entendimiento, dado a conocer por sus papeles y su hermosura, acreditada por quien con mayor conocimiento le @asegura y yo debo creerlo así, pues sobre el testimonio de @Sófocles hace mayor probanza de la beldad de @Teórides, y grosero sería quien negase que @Salauca había sido entendidísima, habiéndolo afirmado Aristófanes. Mucho menos que todo esto excede el corto valor de tan desigual @presente, en que ofrezco a Vuestra Merced *El laberinto de Creta*, mientras con mayor musa (corrida esta cortina misteriosa) a dueño descubierto, @manifiesto la inclinación con que deseo honrarme de este nombre. Y hame venido bien el de la @fábula, pues tengo de vivir en esperanza y silencio, hasta que Vuestra Merced se digne de hacerme este favor, y yo me libre de tanta escuridad a la luz de su conocimiento, con seguridad de no ser ingrato al hilo de oro. Dios guarde a Vuestra Merced.

Lope de Vega Carpio

Personas de la Tragicomedia

Minos, rey de Creta

Feniso, capitán

Soldados

Cila

Fineo

Dédalo

Lauro

Florelo

Liseno

Polinices

Teseo

Albante

Fedra

Ariadna

Oranteo

Un alcaide

Lucindo

Doriclea

Fabio

[Diana]

[Cazadores]

[Músicos]

Acto Primero

Salen Minos, rey de Creta, Feniso, capitán, y soldados

rey

$redondilla

En cuanto la humana gloria

deleites, Feniso, alcanza,

el primero es la venganza,

y el segundo es la vitoria.

Hoy entrambos los poseo,

pues he tenido, Feniso,

con la vitoria de Niso

la venganza de Androgeo.

Matáronme los de Atenas

mi hijo, y Júpiter santo

quiere que con otro tanto

tengan consuelo mis penas.

Si a mi hijo dieron muerte,

su hija a Niso mató,

con que de Grecia me dio

la ciudad más noble y fuerte.

Después que por tantas veces

su muro habemos cercado,

tres vueltas el sol ha dado

desde el Aries a los Peces.

Mas si mil siglos dilata

los rayos de su tesoro,

ya en el vellocino de oro,

ya en las escamas de plata,

no era posible gozar

la venganza y la ocasión

menos que con la traición

que nos dio puerta y lugar.

Mató Cila, patricida,

al Rey su padre, por mí,

a quien la palabra di

indigna de ser cumplida.

Entregarme la ciudad

me prometió, y lo cumplió,

pero no pensaba yo

que fuera con tal crueldad.

Ni amor es justo que mande

lleve tal mujer a Creta,

que puesto que amor sujeta,

no para crueldad tan grande.

La ciudad entrado habemos,

y aunque la puerta me ha dado,

yo quedo desobligado,

porque los reyes queremos

de la vitoria el valor

por traidor o por leal,

pero es cosa natural

aborrecer al traidor.

Feniso

octava

Invicto Rey, no pudiera

ser la ciudad conquistada,

sino es que Cila, engañada

de su amor, la puerta abriera,

porque el gallardo Teseo

y otros griegos generosos

la guardaban codiciosos

de ganar honra y trofeo.

Ella, con la confianza

de que tu mujer sería,

te dio, Minos, en un día,

ciudad, vitoria y venganza.

Agora no sé si es bien

que la dejes deste modo.

Minos

Los dioses lo han hecho todo,

y nuestra dicha también.

Némesis, la diosa airada

de la venganza, ha querido

que Cila pierda el sentido

de loca y de enamorada;

y que yo quede vengado

de la muerte de Androgeo.

Feniso

Bien dejarás su deseo

bastantemente burlado,

porque a no tener amor,

no hubiera humano interés.

Sale Cila, dama

Cila

¿Está aquí el Rey?

Feniso

Ella es.

Minos

¿Qué haré?

Feniso

Escucharla, señor.

Cila

Rey Minos, a quien se humillan

los altos muros de Creta,

como agora a tu vitoria

los imposibles de Atenas.

Bien sabes los muchos años

–testigo esta misma cerca–

que no pudiste llegar

a ver sus famosas puertas,

y que el sol, tu armado campo,

cuando el aurora comienza

a dar vida a cuantas cosas

se la quitan las tinieblas,

hasta que por el ocaso

van haciendo las estrellas

corona a la escura noche,

diamantes de su cabeza,

hallaba en la escarcha helada

del invierno, y en la siesta

del caluroso verano,

sin poder hacerle ofensa;

hasta que yo, desde el muro,

para desdicha tan cierta,

te vi gallardo a caballo,

armado de todas piezas,

no de otra suerte que a Marte

pintan en la quinta esfera,

desde la lustrosa gola

a la dorada esquinela.

Daba la blanca celada,

de varias plumas compuesta,

a los aires tornasoles

y a sus alas ligereza.

Ibas haciendo escarceos

con tanta gracia, que apenas

volvías el rostro, cuando

llevabas tras ti la media

del alma, porque quedaba

la otra para la vuelta,

más obediente a tus ojos

que tu caballo a la espuela.

Con esta imaginación

pasé mil noches enteras,

también hallándome el alba

en más peligrosa guerra,

hasta que venciendo Amor

la razón y las potencias,

te ofrecí de darte, Minos,

la ciudad y el alma abiertas

si me llevabas contigo;

y tú, como si no hubiera

dioses que el vicio castigan

y que las virtudes premian,

falsa palabra me diste,

pues dicen que me la quiebras,

y que te quieres partir

y dar a los vientos velas.

Pero guárdate, que vas

a peligro de tormenta,

que va en mis ojos el mar,

y mis suspiros en ellas.

Por ti, al tiempo que dormía

mi padre -crueldad sangrienta-

corté el cuello y vertí sangre,

la misma que dio a mis venas.

Las llaves te di y entraste

la ciudad, de quien saqueas

más oro que ve el aurora,

donde con marfil se peina.

Buen pago de amor tan grande

será dejarme en la tierra

que he vendido, y que está toda

bañada en sangre paterna.

No lo harás, que no eres tú

nacido en las libias selvas,

ni en los montes de Tesalia

te dieron leche sus fieras.

Pero si como ellas fueres,

una cosa me consuela:

que no hay desdicha en la vida

que con la muerte lo sea.

Minos

Cila, a mí me pesa mucho

de que, en fin, por mi ocasión,

hayas hecho la traición

que ya de ti misma escucho.

De Atenas quise vengarme,

mas no con tanto rigor,

que era venganza mayor

vencella sin infamarme.

Verdad es que yo te di

la palabra, que cumpliera

si por otro medio fuera

el bien que tengo por ti.

Nunca entendí que mataras

al Rey, que por ese modo,

antes lo perdiera todo

que tu intento ejecutaras.

¿Qué dirá el mundo de mí,

si a Creta, Cila, te llevo,

sino que en caso tan nuevo

consejo y armas te di?

Pues, ¿es justo que le infame

tan glorioso capitán

por antojos que te dan

de que yo mujer te llame?

No, Cila, no puede ser,

infamarme por tu gusto,

ni repudiar fuera justo

a Pasife mi mujer.

Fuera de eso, si llevara

en mi nave tu alevoso

corazón, era forzoso

que la mar se alborotara.

Mejor te podrá sufrir

la tierra que te ha criado,

el mar no; que el mar sagrado

no te querrá consentir.

Llevo mis dioses conmigo,

que también se enojarán.

Cila

¡Qué justamente me dan

de mi locura castigo!

En fin, ¿me dejas?

Minos

No puedo

llevarte, que quiero el mar

tranquilo por navegar,

Cila, a mi patria sin miedo.

Cila

El cielo se muestre airado

de suerte que nunca veas

ni la patria que deseas,

ni el fiero mar sosegado.

Salgan de su cueva oscura

los vientos que alteran tanto

las aguas, y en su azul manto

no esté la luna segura.

Veyas a tus hijas bellas

en relación, no en persona,

o te quite la corona

un vil vasallo por ellas.

Y aunque los muros ganados

te den por venganza gloria,

infame aquesta memoria

la gloria de tus pasados.

Y si ausencia suele ser

del honor ladrón sutil,

seas el hombre más vil

que fue jamás por mujer.

No se cuente de ninguno

la ofensa que de ti cuenten,

todos los hombres se afrenten

de que cupiese en alguno.

No se acompañen de ti

por hombre que mereció

tener mujer que llegó

a despreciarse de sí.

Vase

Cila

¡Bravos enojos!

Feniso

Mujer

airada, ¿qué efetos quieres?

Minos

Es afrenta de mujeres

y piensa que yo he de ser

de los hombres capitán,

la infamia y el deshonor,

y aunque ausencias dan amor

a mí ninguno me dan.

Llamad a los principales

de Atenas, porque tratemos

que en libertad los dejemos,

pero con medios iguales,

que me han de reconocer

por señor.

Feniso

Ese tributo

será de esta empresa el fruto.

Minos

Con esto pienso volver

a la patria que mi ausencia

siente con tanto rigor.

Feniso

Tres años ha, gran señor,

que le falta tu presencia.

Sale Polineces

Polineces

¿Dónde está Minos?

Minos

Aquí,

¡oh, Polineces famoso!

¿Bueno de la patria vienes?

Polineces

Gracias al cielo que pongo

mi boca en tus pies.

Minos

Levanta.

¿Qué hay de Creta?

Polineces

Que está en hombros

de tu fama todo en paz.

Minos

¿Mis hijas?

Polineces

No mira Apolo

cosa más bella en el Asia.

Minos

¿La reina? ¿Vuelves el rostro?

¿Callas? ¿Qué es esto? Responde.

Polineces

Señor, si no te respondo

no es sin ocasión.

Minos

¿Qué dices?

Polineces

Que estoy, señor, temeroso.

Minos

¿Es muerta?

Polineces

Pluguiera al cielo.

Minos

Notables sospechas tomo

de algún acidente fiero.

Polineces

No se vio de polo a polo

mayor desdicha.

Minos

La Reina,

¿mayor mal que muerta? ¿Cómo?

Habla, yo te doy licencia

si el caso es más afrentoso

que se ha contado en el mundo.

Polineces

Siendo fuerza darte enojos

y no pudiendo escusarse,

el justo silencio rompo,

aunque fuera bien estar

mudo amor, el honor sordo,

ciego el mundo, el sol sin rayos,

para no volverse locos.

Sabrás que Pasife, ¡ay cielo!

iba con hábito corto

por un bosque cierto día,

cuando al cristal de un arroyo

cortesano en murmurar

a la espalda de unos olmos

bajaban de tus pastores

las vacas, que en los cogollos

de la hierba entretenían

la sed con pies perezosos.

Puso los ojos Pasife

en un blanco y rubio toro,

novillo de pocos años,

más doméstico que hosco,

tan pintado de la piel

con varias manchas el lomo,

que solo por las estrellas

es el del Sol más hermoso.

Las puntas de media luna

que tiene menguado el rostro,

corto de nariz y cuello,

y de esmeraldas los ojos,

donde no ha probado el yugo

con un remolino rojo,

tan bello que parecía

revueltas madejas de oro.

Enamorose Pasife

de este animal, dando asombro

a Creta, aunque hay opiniones

que es Júpiter poderoso,

que como a la bella Europa,

de quien tomó el nombre heroico

la tercer parte del mundo,

enamoró cauteloso

en forma de toro blanco,

tienen por cierto que él solo

pudo hallar en sus deseos

de la ejecución el modo.

Pasife, en fin, ha parido,

si es de Júpiter, un monstro

medio toro y medio humano,

y es tan público y notorio

que vienen de varias partes

a verle por espantoso,

prodigio en naturaleza,

pero conviniendo todos

en que es de Júpiter hijo,

siendo efeto prodigioso

de imaginarle Pasife

en forma de blanco toro.

Así lo entienden los sabios

y los filósofos doctos,

tal es la fuerza que tiene

la imaginación en todo.

Está en dos años tan grande,

tan fiero y tan riguroso,

como un toro que sus celos

escribe en los verdes troncos,

haciendo a golpes que tiemble

y que le responda el soto.

Júpiter a nadie afrenta,

por eso a Júpiter nombro

por dueño de aquesta hazaña,

que a no ser suya, era poco

perder el seso y la vida,

pues no menos vitorioso

halló el fuerte Anfitrión

vencido el casto decoro

de Alcumena, cuyo hijo

ganó tan altos despojos,

que el gran Hércules tebano,

antes de salirle el bozo,

dijo bien qué padre tuvo

con hechos tan valerosos.

Minos

No prosigas mi afrenta y desventura,

trágico embajador. Nunca yo vea

la patria ingrata, aunque mi bien procura,

y el dueño de mi mal Júpiter sea.

Eclipse el claro sol su lumbre pura,

apáguese la lámpara febea,

porque no pueda ver la mortal gente

tal monstro de mi honor eternamente,

que de imaginación de un blanco toro,

que en Júpiter vino trasformado,

Pasife, indigna del real decoro,

haya el monstro que dices engendrado,

no fuera tanta ofensa del tesoro

que en el honor divino está guardado,

mas nunca el vulgo juzga bien, que en todo

elige siempre el más indigno modo.

Vengado se ha de mí, vencida Atenas,

pero yo haré que llore mi deshonra.

Feniso

Aquí vienen sus fuertes defensores.

Salen Teseo, Albante y Fineo, criado de Teseo

Teseo

Aquí tienes, gran Minos, tus vencidos.

Albante

Aquí tienes, señor, a tus vasallos.

Minos

Valeroso Teseo, Albante noble,

no me llaméis el vencedor, que el cielo

me quita de las manos la vitoria

con un suceso de portentos lleno:

nació en mi casa un monstro en esta ausencia,

que en ausencia, atenienses, de un marido,

¿qué puede sino un monstro haber nacido?

Cuantos males nacieron en el mundo,

hijos crüeles fueron de la ausencia,

vengados estaréis de que Pasife

pariese un medio humano y medio toro,

hazaña infame del lascivo Júpiter,

deidad indigna de tan alto nombre,

pues tiene acciones y bajezas de hombre.

Si cuando yerra un rey dicen que tiene

indignamente el cetro, no conviene

que tenga el de los cielos dios lascivo,

que en toro trasformado me ha quitado

la honrosa vida del honor sagrado;

porque cuando es secreto el adulterio,

no viene a ser con tanto vituperio.

Pues no penséis que no os alcanza parte,

que en parias quiero que me deis cada año

diez hombres de vosotros, que devore

y coma aqueste monstro de Pasife.

Teseo

Serás obedecido como mandas.

Minos

En dejando presidio en vuestros muros,

parto a la patria a ver mi desventura,

si dura hasta llegar vida tan dura.

Váyanse y queden Teseo, Albante y Fineo

Teseo

Estraño suceso.

Albante

Estraño,

y qué venganza nos diera

a no ser por nuestro daño.

Fineo

Diez hombres para una fiera,

fiero tributo de un año.

Pedid que resuelva en uno,

sino es más de sentimiento

tributo tan importuno.

Albante

No lo hará, que no le siento

para partido ninguno.

Fineo

Pues, si de aquel blanco toro

la señora, su mujer,

se enamoró sin decoro,

¿no fuera mejor querer

parias y tributo en oro?

¿Qué culpa le tiene Atenas?

¡Ah, mujeres! ¿Qué no haréis?

Teseo

Respeta, necio, las buenas.

Fineo

¿Agora toros corréis

de estraños antojos llenas?

Ah, señor, que aquestos son

los daños que se cometen

con capa de religión,

dioses dicen que se meten

en toros, linda invención.

Lo mismo es el ir al templo,

vengo del templo, contemplo,

doy al templo, y lo interior

es todo vicio y error,

como lo dice este ejemplo.

Teseo

Menester es que pensemos

cómo un hombre se ha de dar,

cuando ser uno alcancemos,

que una vida no hay pensar

que por dineros la hallemos.

Fineo

¿Cómo no? Mil hallaréis,

cuya vida, así a la sorda,

como de un puerco, veréis

que la quieren corta y gorda,

y esta comprarla podréis.

Aquel que su vida emplea

solo en vicios no repara

en que larga o corta sea,

porque solamente para

en cumplir lo que desea.

Hombre he visto yo tan malo,

que por un mes de regalo

seis años de vida vende.

Teseo

Quien esa vida pretende

a tales bestias le igualo.

Albante

Paréceme a mí, Teseo,

que para escusar las muertes

de aqueste tributo feo,

se echasen comunes suertes

y se hiciese igual empleo.

Teseo

Dices bien, que en general

todos tendrán esperanza,

y será la ley igual,

que no es ley la que no alcanza

del plebeyo al principal.

Fineo

¡Vive el cielo, que no quede

hombre en Atenas!

Teseo

¡Sí hará!

Pues la ley a nadie excede.

Fineo

Necio está Minos.

Albante

Querrá

vengarse.

Teseo

Vengarse puede.

Fineo

¿No fuera más acertado

que este Minos, o cominos,

matara este monstro airado,

que no por tales caminos

dar a la fama cuidado?

¿Está loco?

Albante

Puede ser.

Fineo

Hará bien, pues su mujer

ha dado en esta flaqueza

de aquel toro, en la cabeza

las armas ha de tener.

Y desde hoy queda sabido

que por este blanco toro,

el desdichado marido

a quien se pierde el decoro,

queda en toro convertido.

Vanse y entran Oranteo, príncipe de Lesbos, y Ariadna

Fineo

No puedo significar

mi pena con más rigor.

Oranteo

Yo no me quejo de amor,

que amor no puede agraviar,

de mí me debo quejar.

No por el alto sujeto

mas porque no fui discreto

en amar tan confïado,

causa que nunca ha dejado

de producir tal efeto.

Ariadna

Si mi padre quiere darme

a Feniso por marido,

y lo que allá le ha servido

pagarle aquí con matarme,

mejor puedo yo agraviarme

de la pena que me alcanza

por mi necia confïanza;

pero discúlpome luego,

pues le guía como a ciego,

siempre al amor la esperanza.

Por servicios de la guerra

me han escrito que me dan

a este fiero capitán,

que toda mi paz destierra.

Si Minos mi padre yerra,

presto lo dirá el efeto;

si obedecerle es preceto,

yo le prestaré obediencia,

pero para vuestra ausencia

corta vida me prometo.

No me puedo resistir,

aunque no es la causa el miedo,

mas si resistir no puedo

bien sé que puedo morir.

Sin vos no quiero vivir,

y bien me podéis creer,

que, aunque mujer, puede ser,

porque cuando tiene amor,

no hay fortaleza mayor

que la más flaca mujer.

Oranteo

¡Hermosa Arïadna mía,

como el alba pura hermosa,

centro del alma dichosa

que por su cielo os tenía!

Ya se acabó mi alegría

y comenzó mi tristeza,

que puesto que mi firmeza

vuestros agravios resista,

¿quién vivirá sin la vista

de vuestra rara belleza?

Estoy tan agradecido

de ver vuestro sentimiento,

que ha crecido mi tormento

y mi obligación crecido.

Menos hubiera sentido

el verme en tan triste estado,

siendo de vos olvidado.

Ariadna

Luego, ¿pésaos de tener

este amor que me deber?

Oranteo

¿Qué os debo si os he pagado?

Desconciertan mi sentido,

señora, vuestros conciertos,

siendo los daños tan ciertos

como las nuevas lo han sido.

Quien tanto bien ha perdido

en esta injusta mudanza

¿en qué tendrá confïanza,

quedando en esta ocasión

quien creyó la posesión,

apenas con la esperanza?

Pero no podrá mi suerte,

ya que de vos me divida,

quitarme tanto la vida

que se dilate mi muerte;

todos mis males concierte,

que no podrán sus enojos

triunfar de tantos despojos,

que lleve el tiempo la palma,

pues más os deja en el alma

que os aparta de los ojos.

Fortuna contraria intente

mostrar en mí su poder,

que no ha de poder hacer

que no os quiera eternamente,

tan dueño seréis ausente,

como siempre lo habéis sido,

y por consuelo he tenido,

si le tiene pena igual,

que no ha de hacerme otro mal

después de haberos perdido.

Temores han de matarme,

de que puesto que juréis

que en el alma me tendréis,

estáis cerca de olvidarme.

De cuanto bien pudo darme,

quien me puso en tal estado,

hoy quedo desobligado,

y de mi dicha quejoso,

pues no fuera yo dichoso

para no ser desdichado.

Vase

Ariadna

¿Adónde vas amenazando ausencia,

dueño del alma venturosa mía?

Que no suele olvidar el que porfía,

porque donde hay memoria no hay paciencia.

Amenaza atrevida la presencia,

más luego que la vista se desvía,

vuelve en su fuerza amor, que a sangre fría,

no sabe hacer al gusto resistencia.

Amor, cuando se ha dado por despojos,

no muda la pasión mudando cielos,

que ven las almas si no ven los ojos.

Juegan los que aman si lo son desvelos,

más no se ausente nadie por enojos,

que lo que saca amor vuelven los celos.

Sale Fedra, hermana de Ariadna

Fedra

¿Con ese cuidado estás?

Luego, ¿no escuchas la salva

que hoy ha hecho el mar al alba?

Ariadna

En mí a la noche dirás,

porque partido Oranteo

¿qué me puede haber venido

que iguale al bien que he perdido,

ni satisfaga al deseo?

Fedra

¿Y si dicen que es el Rey?

Ariadna

Mayor mal si con él viene

Feniso.

Fedra

Amor nunca tiene

con su misma sangre ley.

Ariadna

¡Ay Fedra! Que no hay consuelo

para tan grave dolor,

porque es la ausencia en amor

un rayo ardiente del cielo,

que como a un árbol desnuda

de sus hojas y sus ramas,

y en sus abrasadas llamas

su verde esperanza muda.

Así, donde ausencia alcanza,

aunque son sus fuegos hielos,

trueca en lo azul de los celos

lo verde de la esperanza.

Fedra

Pésame de verte ansí,

pero si la fiera ausencia

es del amor resistencia,

lo mismo será de ti:

si te olvida, olvidarás.

Ariadna

Amor juzga lo presente,

y yo presumo que ausente

querré más, penando más.

¿Qué voces son estas?

Fedra

Creo

que se acerca el Rey.

Ariadna

Si fuera

mi muerte, mejor viniera

a mi esperanza y deseo.

Salen Minos, Feniso, soldados y cajas

Minos

Echad esas banderas por el suelo,

como conviene a un capitán sin honra.

Feniso

Mira que ofende tu dolor al cielo

en presumir que Júpiter deshonra.

Ariadna

Si tus hijas te pueden dar consuelo,

padre y señor, su cuello y brazos honra,

de los que tantos reinos han vencido.

Minos

Vencido vengo yo, mi honor perdido.

¿Dónde está la cruel?

Fedra

Tu furia huyendo.

Minos

Hijas, yo vengo, como veis, que es justo

perdone amor si con mi honor le ofendo.

Ariadna

Carece de consuelo tu disgusto.

Minos

Dejadme aquí mientras venganza emprendo

de un poderoso no, puesto que injusto,

pero de la crüel que me ha ofendido.

Fedra

Guárdete el cielo.

Minos

Aun vida no le pido.

¡Hola! ¡Llamadme a Dédalo!

Fedra

Aquí viene

el mayor arquitecto que respeta

Grecia, ni ha visto el Asia.

Sale @Dédalo

Dédalo

Den los dioses

a tu venida prósperos sucesos.

Minos

Dédalo, amigo, ¿qué sucesos prósperos

puede esperar un hombre desdichado,

a quien para consuelo de sus penas

ponen la culpa al poderoso Júpiter?

Ya sucedió; ya Marte, que tenía

envidia de mis armas y victorias,

tomó venganza, obscureció mis glorias.

¿Has visto acaso el monstro que ha infamado

la bella, en varïar naturaleza,

y aquí tan fea, bárbara y disforme?

Dédalo

Sí, gran señor.

Minos

Pues, ¿cómo haré una fábrica

donde pueda encerrar aquesta fiera,

de tan sutil ingenio y artificio,

que el que entrare una vez salir no pueda?

Dédalo

Después que me escribiste que tenías

esa intención y que encerrar querías

este monstro feroz, a quien la fama

de toro y Minos, Minotauro llama,

yo hice y estudié varios diseños,

y de tantos modelos y artificios

hice elección del que verás presente,

que aquí te le tenía prevenido,

para que si te agrada lo pintado

quede en madera y piedra ejecutado.

Corriendo una cortina se vea en un lienzo pintado el @laberinto, y el Minotauro dentro

Minos

¡Por los dioses que es digno de tu ingenio!

Y dime, ¿es de esta suerte el fiero monstro?

Dédalo

Este es, señor, el monstro retratado,

aquí ha de estar de aquesta plaza en medio;

esta es la puerta, pero no hay remedio

de hallarla el que una vez por ella entrare.

Minos

Pues alto a ejecutalla, insigne Dédalo,

que a ti te dará fama en todo el mundo

del más supremo y ingenioso artífice,

y a mí del hombre de mayor desdicha.

Dédalo

Tu verás brevemente en pie la fábrica.

Minos

Matara el Minotauro, pero temo

la ira del gran Júpiter si es suyo,

que para mí, sin diferencia alguna,

es hijo de la Envidia y la Fortuna.

Vanse y salen Teseo y @Fineo

Fineo

No te quiero consolar.

Teseo

No hay en este mal consuelo.

Fineo

Airado tienes el cielo.

Teseo

Hoy me mandan embarcar.

Fineo

¡Que te cupiese la suerte

entre más de seis mil hombres

de tan diferentes nombres!

Teseo

¡Fuerte mal! ¡Desdicha fuerte!

Fineo

Si fuera para algún bien

la suerte se te escondiera.

Teseo

Para bien no me cupiera

ni me dieran parabién;

para mal, y tanto mal,

conmigo acertó mi nombre.

Fineo

¿Cómo permiten que un hombre

tan valiente y principal

vaya a dar pasto a una fiera?

Teseo

Porque es república justa,

y no ha de hacer cosa injusta

cuando más valor tuviera.

Aquí, con justicia igual,

sin que a uno falte, otro sobre,

al que es rico y al que es pobre,

se reparte el bien y el mal.

Estos gobiernos difieren

de otros injustos y odiosos,

adonde los poderosos

se salen con lo que quieren.

¡Ay del reino en que por fuerza

el pobre ha de padecer,

y el rico hacer y poder!

¡Que la ley con él se tuerza!

Fineo

No entiendo lo que es justicia,

mas con los que nobles son

es justo que haya excepción.

Teseo

Debes de hablar con malicia.

Fineo

Esto es cosa natural,

puesto que un sabio decía

que en la muerte sola había

justicia a todos igual.

En fin, ¿te piensas partir

a morir?

Teseo

Si esto conviene

a la patria, un noble tiene

obligación de morir.

Fineo

Acompañarte es forzoso,

de tu valor animado.

Teseo

Eres, Fineo, criado

leal, noble y animoso,

por lo menos si la suerte

para morir me ha cabido,

piadosa conmigo ha sido

en la causa de mi muerte.

Vamos, que aguarda la nave,

y el mar bonanza promete.

Fineo

Mas que todo se inquïete

con cuántas tormentas sabe.

Teseo

No llegaré a salvamento

puesto que es el viento tal.

Fineo

Para caminar al mal

a nadie ha faltado viento.

Vanse y salen Oranteo y @Lauro

Lauro

Si no se la pediste,

¿de qué te quejas que es injusta cosa?

Oranteo

En eso no consiste

haber perdido mi querida esposa;

consiste en las estrellas,

que no importa querer si olvidan ellas.

¡Ay, Lauro! Yo vivía

en Creta de Arïadna enamorado,

esperando que el día

que del gobierno militar cansado

Minos cruel volviera,

de mi esperanza posesión me diera.

Escribiole el tirano

que la daba a Feniso en casamiento;

Feniso, a cuya mano

debe su vitoriosa fama, a intento

de hacerle rey de Creta,

al cetro trasladando la jineta.

Mal hizo, porque Minos

no ignoraba mi amor, ni que desciendo

de los dioses divinos,

y que de Lesbos soy príncipe.

Lauro

Entiendo

que si allí le aguardaras,

el fin de tu esperanza conquistaras.

Oranteo

Lauro, si la ha casado,

¿qué esperanza me queda? Yo soy muerto.

¡Plega al cielo que, airado,

el mar sorba sus naves en el puerto,

y en las ondas furiosas

derrame las banderas vitoriosas!

Lauro

Son cortas maldiciones

para la grande que del cielo tiene,

si a contemplar te pones

que a ver un monstro de deshonra viene.

Oranteo

Ya he visto en Creta, Lauro,

el fiero y espantoso Minotauro.

En tanto que fabrica

el laberinto, que este nombre llama

al sitio en que le aplica,

infamia para él, y eterna fama

para su gran maestro,

Dédalo insigne, en todas artes diestro,

y en cercos intricados

se pierden sin poder hallar salida,

a muerte condenados,

los que le sirven de sustento y vida.

Yo tendré prevenido

el monstro de un ejército lucido.

Este, en el laberinto

de naves de alto borde irá a quitalle

en término sucinto

la vida que me quitas, y roballe

a Feniso la joya,

como a los griegos el ladrón de Troya.

Ven, porque demos luego

voz a la fama, lienzo al mar, a Marte

materia, a amor más fuego.

Lauro

Ya los consejos son solo ayudarte.

Oranteo

Dar consejo al que ama,

es animar con soplos a la llama.

Vanse y salen Minos, Ariadna, Fedra, Feniso y Dédalo

Minos

La fábrica es excelente.

Ariadna

Es imposible que en Grecia

haya un edificio igual.

Fedra

Ya por naciones diversas

va discurriendo la Fama

con alas y plumas nuevas.

Dédalo

Yo pienso, invicto señor,

que el laberinto no sea

menos que su Minotauro,

monstro de naturaleza.

Minos

Yo estoy servido de ti,

y así pienso hacer que tenga

Ícaro, tu hijo, el premio

del trabajo que te cuesta.

Fedra

Aquí viene, invicto Rey,

un embajador de Atenas.

Salen Teseo y Fineo

Teseo

Yo no soy embajador,

supuesto que mi nobleza

diera ocasión a la patria

para cargos de más fuerza.

Teseo soy, y aunque fui

Duque generoso en ella,

por la suerte me ha cabido

ser el más vil de mi tierra.

Vengo a morir, con que he dicho

que no soy nada, y quisiera

ser más, para que estimara

perder la vida por ella.

Sus ciudadanos te dieron

palabra segura y cierta

de darte cada año en parias

diez hombres para esta fiera.

Yo soy, rey Minos, el uno,

que no me he puesto en defensa

por la lealtad que te digo,

y que a tus pies me presenta,

porque en razón de su honor,

que es una vida me pesa,

pues por ella aventurara

cuantas el cielo me diera.

¿Qué quieres hacer de mí?

Minos

Teseo, la fortaleza

de tu generoso pecho

no pudo dar mayor muestra.

Pésame que fueses tú,

a quien la pasada guerra

hizo ilustre en mi opinión,

pero si lo quiere Atenas

y tú serle tan leal,

Feniso, a una torre lleva

al Duque, en tanto que al monstro

de su arrogancia sustenta.

Vase

Teseo

Voy contento de saber

que por tales medios quieras

encubrir tu deshonor.

Vase Teseo y @asga Ariadna a Fineo

Ariadna

¿A quién dijo?

Fineo

¿Quién es?

Ariadna

Tenga

el paso, que yo le llamo.

Fineo

¡Ah, mi bellísima Reina!

¿Cuándo mereció mi boca

besar la dichosa arena

adonde ponéis los pies,

aunque está revuelta en perlas?

Ariadna

¿Es éste el duque Teseo?

Fineo

Éste es aquel de quien cuentan

tan espantosas hazañas;

este el que la mar soberbia

pasó con Jasón a Colcos

hasta robar a Medea;

este el que bajó al infierno

con Hércules, el de Grecia,

y a la bella Proserpina

presentó cosas diversas:

para el calor que hace allá

por el verano las fiestas,

un abanillo famoso;

y porque estaba dispuesta

de vestir a la española,

seis puños como rodelas,

que en el infierno también

quieren descubrir muñecas.

Este le ayudó a matar

los centauros en la mesa

de las bodas de Hipodamia;

este…

Ariadna

Basta que este sea

Teseo, de cuya fama

no hay poca noticia en Grecia,

lástima me da su edad,

su hermosura y gentileza.

Fineo

Dios os lastime en el alma

por esa piedad, que en ella

se conoce, gran señora,

vuestra bondad y nobleza.

Y cierto que es sin razón

echar un hombre a una bestia,

aunque tratar con un necio

pienso que lo mismo fuera.

No habrá tantico remedio,

porque es cargo de conciencia

matar un mozo a bocados,

como suele cuando entra

un asno en un melonar.

Ariadna

¡Ay, hermana, quién pudiera

dar vida aqueste mancebo!

Fedra

Bien podrás si tú lo intentas.

Ariadna

Que lo intentaré no dudes.

Fineo

¡Sí, por Dios, para que tenga

un esclavo esa hermosura,

y un amante esa belleza!

Ariadna

¿Es casado?

Fineo

No es casado,

como dicen, ni Dios quiera

que se vea en tanto mal,

digo mal, mal de paciencia.

Ariadna

Venme a hablar aquesta noche.

Fineo

No hay bien que al hombre no venga

por manos de la mujer.

¡Benditas mil veces sean!

Mas cuando vuelve la cola

marzo, y el diablo se suelta,

todo hombre guarde la cara,

quiero decir, la cabeza.

Acto II

Acto III

1. Nota de texto intro. [↑](#footnote-ref-1)